



LOLA P. NIEVA



CONSECUENCIAS
DE AMAR A
UN SAMURÁI



esencia

Consecuencias de amar a un samurái

Lola P. Nieva

Esencia/Planeta

© Lola P. Nieva, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Sophie Güet

Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-08-27181-9
Depósito legal: B. 6.445-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Apertura



—No salgas del camarote. Esto se está poniendo muy feo.

Rose mira a Liam con un marcado rictus preocupado.

—¿Y por qué sales tú?

El navío se bambolea como una cáscara de nuez en el cauce de un río bravo.

—Porque no es la primera tormenta en alta mar que enfrento y creo que puedo ser de ayuda.

Enlaza los brazos en torno a su cuello, se pone de puntillas y besa los labios del hombre.

—Estoy segura de ello, pero dile a esa tormenta que, si se le ocurre llevarte con ella, tendrá que enfrentarse a mí.

Liam esboza una sonrisa divertida y la ciñe contra su pecho.

—No hay fuerza divina ni humana que pueda separarme de ti —susurra.

Le alza la barbilla y clava en ella una intensa mirada del color de la plata bruñida. El amor que emerge de ella le encoge el corazón.

Aprisa su boca en un beso breve, pero tan apasionado y hambriento como las olas que los sacuden.

—Átate a esos ganchos que asoman de las cuadernas, va a ser un baile movidito.

Sale con premura. Rose aguarda un instante antes de envol-

verse en su capa. Se cubre con la amplia capucha y abandona el camarote.

El ruido ensordecedor de la tormenta sofoca sus pasos. Los maderos crujen lastimosos, los gruesos cabos silban asustados en los labios de un viento huracanado, las velas flamean su desgarramiento como los faldones de un estandarte fúnebre.

Desciende por la escalinata de los enjaretados hasta el último pañol, donde se encuentra la bodega. Debe asegurar cada paso, se aferra a cuanto tiene a su alcance para evitar que el vaivén la golpee contra los mamparos.

Acelera su avance. Por fortuna, la tripulación al completo se encuentra en la cubierta superior luchando contra aquel feroz e invisible enemigo.

Comprueba temerosa que el empuje del mar reclama voraz aquella minúscula parcela de madera en forma de navío. Torrentes de agua espumosa descienden por las trampillas a intervalos regulares. Uno de ellos la sepulta con violencia.

Maldice entre dientes.

—¡Margot! —grita encaminándose hacia la puerta.

En aquella atestada bodega, su amiga corre gran peligro. A pesar de que la carga está afianzada, tanta mercancía supone una gran amenaza para ella con aquel bamboleo infernal.

Abre la puerta y derrama la vista sobre aquel reducto. Un intenso olor rancio y acre envuelto en una salobre humedad la golpea. No se habitúa a aquel aroma, a pesar de bajar cada día para aprovisionar a Margot.

Una pila de toneles se ha diseminado por la cubierta y ruedan erráticos.

—Te has tomado tu tiempo para venir a rescatarme —reprocha ceñuda, asomando la cabeza desde un penumbroso rin-

cón—. Aunque ya veo que debes de haber venido nadando. Dime, por favor, que no estamos ya en el fondo.

Rose resopla y se retira la capucha mojada.

—No, pero no tardaremos, como esto siga así. Aprisa, debemos salir de aquí.

Un crujido las sobresalta.

Margot corre hacia ella con gesto de espanto.

Al fondo, varios fardos se han desplomado. Se precipitan a la escalera en el preciso momento en que el navío se alza por proa. Ambas caen de espaldas.

Margot rueda de nuevo hacia la bodega, Rose la sigue.

Con la misma virulencia, el navío emerge su popa y recorren el camino inverso, seguidas de varios toneles.

Rose logra agarrarse a la base de la escalerilla y tiende su mano a Margot. La aferra tenaz y consiguen refugiarse detrás de la escalinata contra uno de los mamparos, justo en el instante en que el movimiento se invierte de nuevo.

—¿Estás bien?

—Todo lo bien que puedo estar convertida en pelota de críquet.

—Saldremos de esta —murmura Rose.

—No me he convertido estas semanas en polizone para terminar como náufraga —bromea, aunque en su rictus titila el miedo.

Sobre ellas, la tormenta aúlla feroz. Las voces de la marinería se han convertido en gritos estirados por el viento, una suerte de silbidos extraños y escalofriantes.

Se abrazan y cierran los ojos, como si de esa forma pudieran alejarse de aquel infierno.

Un crujido demencial les arranca un grito de pánico. Apenas tienen tiempo de ser plenamente conscientes de que el torrente

de agua que ha irrumpido con violencia en aquella cubierta procede de una brecha en el casco. Ni de que han encallado en un banco de arrecifes. Y mucho menos de que el navío está condenado, quizá igual que sus destinos.

Se dejan arrastrar como briznas de hierba en aquel océano tempestuoso, conteniendo a duras penas la respiración.

Escena 1

Bendito trastorno



Entreabre los ojos.

Le escuecen.

Una luz cegadora los apuñala con destellos intermitentes.

Vuelve a cerrarlos, aunque la curiosidad punza casi tanto como el sol que picotea hambriento en su piel. Siente un regusto salobre en los labios, una brisa amable perfumada de salitre y humedad acaricia su rostro. Al armónico susurro de olas cercanas y el graznido de gaviotas alborotadas se les suma una respiración profunda: es cuando se percata de que está siendo arropada por un pecho cálido y reconfortante.

Se obliga a abrir los ojos de nuevo, para toparse con la mirada rasgada de unos ojos oscuros y curiosos.

—¿Dónde... estoy? —Su voz suena bronca y áspera, apenas reconocible.

—No estoy muy seguro. Solo sé dónde deberías estar: en un mullido sillón inglés pensando en nuevas formas de espantar pretendientes.

Margot frunce el ceño y lo observa con disgusto.

—Apártate, me estás mojando.

Takeshi pone los ojos en blanco.

—No más que tú a mí —barbota soltándola—. Por si no lo has notado, somos supervivientes de un naufragio.

La realidad la sacude con contundencia. Siente una opresión en el pecho, el miedo atenaza su garganta. Derrama una mirada ansiosa a su alrededor en busca de Rose. En aquella playa de sonrisa amable, de turquesas aguas y arena fina, punteada de restos de maderos, lonas y cuerdas, de sacos, cofres y cuerpos laxos, el pánico la constriñe al no vislumbrar una familiar silueta femenina.

Se pone en pie, trémula y pálida.

Ya abre la boca para gritar su nombre cuando Takeshi la coge de los hombros y la gira hacia un punto concreto.

—Está sana y salva.

Bajo la serrada sombra de una palmera que se inclina sedienta hacia la orilla, un hombre acuna a una joven mientras le aparta guedejas adheridas a las mejillas con tal mimo que ese simple gesto la conmueve. Junto a ellos, la buena de Florence se encuentra recostada contra otra palmera, desmadejada y sofocada, abanicándose con la mano. Un grupo de tres marineros se apiñan junto a la orilla, oteando el océano.

Camina hacia ellos trastabillando hasta caer de rodillas frente a Rose.

—Estás horrible, ¿lo sabías?

Rose dibuja en su rostro una sonrisa amplia.

—En cambio, tú sigues igual de encantadora.

Margot se lanza sobre ella y se funden en un largo abrazo.

A su lado emerge sobre la arena la sombra alargada de una silueta masculina.

—Por favor, Rose, ¿puedes pedirle que deje de seguirme?

—No seas tan vanidosa, ni como única dama disponible en esta isla me interesas, solo quiero hablar con Liam.

—Por fin una buena noticia —rezonga ella arrugando la nariz.

Liam inspira hondo y se pone en pie.

—A pesar de que todavía no me he librado de la angustia de haber estado a punto de perderte —comienza con mirada inquisitiva—, te aconsejo que vayas pensando en una buena explicación para justificar la presencia de Margot aquí —reprende severo, aunque en su rostro permanece el gesto afectado.

—La explicación puedo dártela yo —interfiere Margot—, y es que Rose me quiere y ha demostrado ser la mejor amiga del mundo.

—Eso es cierto, están tan unidas que ni un tifón ha podido separarlas —masculla Takeshi con sorna.

Margot le dedica una mueca irritada.

Liam compone un ceño confuso. Las mira alternativamente con expresión suspicaz y niega con la cabeza.

—¿Y esa demostración de amistad se debe a...?

—A que su padre la iba a desposar con sir George Martin, almirante de la Royal Navy —aclara Rose.

—Apuesto a que no baila tan bien como yo —bromea Takeshi.

—Liam, ¿tendrías la amabilidad de pedirle a tu amigo que no se burle de algo tan serio? —pide Margot disgustada.

—No te burles de algo tan serio, amigo —repite irónico.

—¡Liam! —inrepa Rose.

—Lo realmente serio en este preciso instante es averiguar dónde demonios estamos —replica él sacudiéndose los pantalones.

Takeshi oprime los labios en una mueca preocupada. Su anguloso rostro se tensa mientras medita la posible ubicación.

Su oscuro cabello lacio se agrupa en mechones terrosos, sus ropas mojadas dibujan las duras líneas de su cuerpo y su gesto adquiere un velo grave.

—Creo que estamos en la provincia de Saikaidō, una cadena de islas volcánicas al sur de Japón, pero no podría asegurar en cuál. Por los arrecifes en los que hemos encallado y esos titanes graníticos que puntean el litoral me atrevería a decir que nos encontramos en la costa de Nichinan.

—¿Qué clan gobierna en Saikaidō?

Takeshi clava una mirada preocupada en Liam.

—Ninguno. Las islas del sureste son un nido de piratas y contrabandistas sin escrúpulos, la mayoría portugueses, algunos británicos y franceses.

Liam asiente, su ceño se acentúa.

—Será mejor que busquemos supervivientes y víveres, y nos ocultemos entre la maleza mientras ideamos un modo de salir de aquí.

—¡Molly! —exclama Margot de repente.

Se pone en pie de golpe y derrama la vista por la playa con gesto angustiado al descubrir que la joven doncella no está entre ellos.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

Takeshi dibuja una sonrisa divertida.

—Para ser mi primer naufragio, está resultando de lo más entretenido. Haz los honores, yo he prometido no entrometerme en sus cosas serias.

Margot los mira con irritada impaciencia.

—¿Y ahora qué he hecho? —rezonga la aludida con gesto contrariado emergiendo de entre los matorrales—. No puede una ni hacer sus necesidades tranquila.

Margot se vuelve hacia ella y resopla aliviada.

—Por Dios bendito, estamos todos bien.

—No todos, por desgracia —apunta Takeshi. Con la cabeza hace un gesto hacia los cuerpos de tres marineros ahogados encallados en la arena de la orilla.

Las mujeres se santiguan con gesto compungido.

—¿Y el resto de la tripulación?

—Hay muchos islotes diseminados en torno a los arrecifes, quizá han podido llegar a alguno de ellos —responde el japonés—, o eso espero al menos.

—Debemos ponernos en marcha —apremia Liam—, hemos de recorrer la playa en busca de cofres, sacos, toneles, lonas, cuerdas, maderos, lo que sea. Vosotras, por amor de Dios, no os alejéis mucho, es una región peligrosa.

Se dividen en parejas para recorrer el litoral.

Margot se enlaza al brazo de Rose. Esta le dedica una mirada afectuosa que logra apartar el frío que el miedo y la incertidumbre han instalado en su pecho. Se ha comportado de una manera ridículamente estúpida con Takeshi, quizá porque continuar siendo desagradable con él la ayuda a aferrarse a una normalidad que ya no existe. Acaban de salvar la vida, se encuentran atrapados en una isla inhóspita, en un país extraño, a merced de piratas y desalmados, pero continúan juntos, la gente que más le importa en aquel momento sigue con vida y a su lado, y solo eso ya es suficiente motivo para sentirse agradecida.

—¿Sigues creyendo que fugarte ha sido una buena idea?

En la expresión de Rose reluce un atisbo culpable. Margot presiona el antebrazo de su amiga con cariño.

—Prefiero arriesgar la vida a perderla en una existencia impuesta y vacía.

La mirada clara de Rose se humedece, a su gesto asoma un profundo afecto y un brillo admirado.

—A veces me pregunto si no padeceremos realmente de algún trastorno que nos diferencia del resto.

Margot estira las comisuras de sus labios en una sonrisa cómplice.

—Bendito trastorno, tenga el nombre que tenga —afirma con orgullo.

Recogen palos, cuerdas y retazos de lona, cualquier cosa que pueda serles de utilidad. Los hombres se han organizado en cuadrillas para hacer arribar a la playa los toneles que flotan a la deriva. Florence y Molly clasifican los enseres que les van llegando en función de su uso.

Fija la atención en Takeshi, su aspecto desaliñado contrasta con la gravedad de su rostro. No deja de otear el horizonte con gesto sombrío. Es el único que conoce el lugar y los peligros reales a los que se enfrentan, quizá por eso se está obrando un cambio en él, como si su innato liderazgo, el conocimiento y sus raíces comenzaran a despertar a través de cada poro de su piel.

Forman una cadena para aligerar el transporte ante el apremio de Liam y Takeshi. Ambos se muestran inquietos y desazonados.

El ocaso tiñe de cobre el océano. Añiles, rosados y ocres se funden en el cielo como pinceladas erráticas de un pintor caprichoso. Las sombras se alargan y la marea comienza a beberse la orilla.

Retroceden hacia una enmarañada cueva formada por piedras y raíces. En la entrada colocan una lona para aislarlos del frío. En uno de los toneles encuentran carne ahumada y pescado en salazón, algunas galletas rotas y queso curado. No deben encender una hoguera ni dejar a la vista nada del naufragio. Esconden los cuerpos de los marinos muertos y limpian todo rastro humano de la playa. Cualquier indicio de su presencia allí sería un peligroso reclamo para los contrabandistas que infestan las islas.

Se establecen turnos de guardia y se trazan planes para salir de allí. Pero lo que Margot más teme es divisar una fragata de la armada británica.

Se pregunta hasta dónde será capaz de llegar para evitar que la lleven de vuelta a Inglaterra; la respuesta resuena tan tajante en su mente que la llena de desasosiego. Piensa en su madre, y en la de Rose, en los destinos a los que ambas se han sometido y que las han conducido a la desgracia. La suya se evade en el alcohol, en la lectura y en una honda pena que la consume con el pasar de los días. Y, aun así, permite que a su hija la condenen a una vida similar. Nunca ha podido defender sus argumentos con ella, ni tan siquiera ha obtenido un mínimo consuelo por su parte, tan solo aquella manida frase con que la despachaba cuando tocaban el tema de los desposorios: «Así es la vida, Margot, y así hay que aceptarla. Al menos tú disfrutas del privilegio de una cuna rica; otras se matan para llevar comida a sus hogares y reciben palizas de sus esposos. Siéntete afortunada». Y no duda de su fortuna en cuanto a su nacimiento, pero la seda de sus vestidos o los manjares de su mesa no le otorgan la libertad que cree merecer por derecho. La libertad de trabajar, de decidir, de actuar, de hablar, de elegir.

Se arrebujaba sobre el lecho de hojas de palmeras que han extendido en el suelo de la cueva y recuerda la furia que la invadió cuando leyó el famoso *Contrato social* de Jean-Jacques Rousseau. Animada por conocer la obra que había incitado a la Revolución francesa con principios y fundamentos del liberalismo clásico que clamaba por una justicia social igualitaria, solo encontró un tratado aberrante sobre la inferioridad femenina y su supeditación al hombre dada su naturaleza débil y fácil de corromper. Apretó los dientes ante algunos puntos que acudían a su memoria: «Toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Complacerlos, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de mayores, aconsejarles, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he aquí los debe-

res de las mujeres en todos los tiempos y lo que se debe enseñar desde la infancia».

Lamentó la sangre derramada de todas esas mujeres francesas que lucharon por ese texto, embriagadas por una igualdad que no las incluía. Tras aquel frustrado intento por encontrar algún ensayo en el que basar sus argumentos, algún nombre ilustre y letrado en el que respaldar su conato de rebeldía, se hizo con las memorias de Leonor de Aquitania, la biografía de Juana de Arco, las obras de Cristina de Pizán o las hazañas de María Pita. Y en mujeres como ellas su disidencia interna encontró la paz de la razón. A sabiendas de que nunca conseguiría una meta individual sin un apoyo colectivo. Y eso estaba tan lejos de su alcance que su única opción era huir, dejando atrás la vida que conocía, la dorada esclavitud de una libertad engañosa.

A su alrededor, las demás mujeres duermen agotadas. Los hombres han acampado fuera por deferencia a ellas, a la intemperie, asumiendo su rol protector. En aquel instante, decide que quiere aprender sobre tácticas de lucha y defensa, de supervivencia. Aunque jamás poseerá la fuerza física de un hombre, podrá suplirla con ingenio y técnica.

Cierra los ojos, pensando en que al día siguiente hará partícipe a Rose de su deseo. No duda que ella se unirá a su iniciativa.

Invoca un sueño que no llega y se impacienta con la mente bullendo de ideas descabelladas. Finalmente se rinde y sale con cautela de la cueva.

Quizá el aire fresco de la noche la ayude a despejar la cabeza.

A través de la espesura vislumbra el nácar engarzado en la espuma de las olas que mueren lánguidas en una arena azulada. El camino de plata refulgente que la luna traza sobre la superfi-

cie del mar resulta una invitación difícil de rechazar. La belleza de aquel paraje la cautiva. Camina hacia la playa, subyugada por el rumor del océano, el silbido del viento y un murmullo que no sabe identificar.

A su izquierda, sobre un peñón plano donde las olas restallan con más ímpetu, una silueta masculina reproduce la coreografía de una lucha a espada. Solo que, en lugar del acero, el hombre blande una rama. Ejecuta cada movimiento con tan precisa elegancia que más parece una danza o un ritual ceremonial. Y quizá lo sea.

Reconoce el perfil de Takeshi recortado contra el cielo y se embriaga de sus lances, retrocesos y giros. Al cabo, se sienta con las piernas abiertas cruzadas entre sí y la rama apoyada en ellas. Alza la barbilla y permanece inmóvil en actitud meditativa.

—Sé que estás ahí.

Margot da un respingo.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Ahora lo sé.

—Muy sagaz.

Avanza hacia él y permanece en silencio contemplando la quietud del mar. La sacude un escalofrío y cruza los brazos bajo el pecho.

—Deberías volver a la cueva, esta brisa es húmeda y fría.

—Nunca hago lo que debería.

—Por eso estás donde estás —replica con un timbre reprobadador en su tono.

—Tú, en cambio, cumpliendo con tu deber, has acabado en el mismo sitio que yo.

Le parece ver un leve atisbo de sonrisa en su boca. Por fin, gira el rostro hacia ella y se encoge de hombros sin perder su gesto travieso.

—El destino no deja de castigarme —se lamenta—, un naufragio, tú...

Margot le dirige un gruñido y Takeshi amplía su sonrisa.

—Quizá no fue buena idea regresar.

El gesto del hombre se ensombrece bajo la plata lunar. Su mandíbula se tensa, su mirada vuelve a perderse en el horizonte líquido.

—Te aseguro que es la peor idea que he tenido, como casi todas las de un tiempo a esta parte.

La brisa marina revuelve su cabello. Su pecho se hincha con una respiración profunda y pausada.

—¿Entonces...?

—Es mi deber.

Takeshi se pone en pie con sorprendente agilidad y salta del montículo como un gato sigiloso. Camina hacia Margot, se quita la camisa y la acomoda sobre sus hombros. Ella se tensa ante la íntima cercanía. El hombre se aparta unos pasos, y en ese instante repara en su pecho marcado y lampiño, en unos hombros musculados y prominentes y en un vientre cincelado en piedra. Desvía rauda la mirada y comete el error de fijarla en su boca, carnosa y bien perfilada.

—Podría hacerte un chal rústico con algunas hojas de palma —reflexiona mientras le coloca bien la tela—, pero tardaría demasiado y estás perdiendo mucho calor corporal. Mi camisa aún conserva el mío.

Ella se arrebujá gustosa disfrutando de ese halo cálido que desprende el lino. Y siente como si él la estuviera abrazando. Aparta ese pensamiento de inmediato.

—El que va a perder el calor corporal y enfermará serás tú.

Takeshi estira una de sus comisuras en un gesto mordaz y niega con la cabeza.

—He estado desnudo en un agujero el tiempo suficiente para asegurar que el frío y el hambre no pueden conmigo.

—¿Y qué puede contigo?

—Un hombre sabio nunca desvela sus puntos débiles.

—Con saber que los tienes...

Se ríe en una carcajada ligera que cascabelea fundiéndose con el rumor de las olas.

—¿Qué estabas haciendo en esa roca?

—Estaba entrenando el kata *Kushanku*.

Margot arruga el ceño y enarca una ceja inquisitiva.

—Digamos que es algo así como ensayar los pasos de un baile.

—Parece que sientes fijación por toda clase de bailes —aduce con diversión.

El hombre asiente y se encoge de hombros.

—No se me dan mal.

—Acabo de comprobarlo.

Sus ojos se engarzan en una mirada intensa. La escasa distancia que los separa parece crepitar entre ellos. Margot siente un cosquilleo en la piel, extraño, desconcertante, vibrante. Se dejan envolver por un silencio tan incómodo como elocuente. Ella se sorprende admirando la boca plena del hombre, de labios definidos y tersos, y se pregunta cómo la sentiría contra la suya. Sacude la cabeza y aleja esos desazonadores pensamientos.

—Quiero aprender —confiesa.

Takeshi alza las cejas con sorpresa. Acto seguido frunce el ceño y la observa con creciente curiosidad.

—No se trata de imitar movimientos —explica condescendiente—, sino de adoptar una filosofía de vida, un arte ancestral, un código ético y moral, una forma de ver el mundo a tra-

vés de técnicas diversas. Se trata de despertar tu espíritu de lucha, conectar con tu esencia, rendir culto a los elementos y descubrir que el autocontrol en la contención otorga incluso más poder cuando se libera el ataque.

—No he entendido nada, pero quiero que me enseñes.

Takeshi asiente. Inspira hondo y desvía su atención hacia la orilla.

—Antes debes merecerlo. Es un arte peligroso, custodiado por solo tres senséis en todo el mundo y reservado para los elegidos.

—¿Y qué debo hacer para ello?

—Esperar..

—¿A qué?

—A ser elegida. —Enarbola un gesto impaciente ante lo que él considera una obviedad.

Margot frunce el ceño y le regala un mohín resentido.

—Pero ¿qué demonios hay que hacer para ser elegida? —insiste irritada.

—Esperar.

Lo fulmina con la mirada indagando en su hierática expresión, intentando discernir si se está burlando de ella.

Takeshi finalmente libera una sonrisa divertida.

—Eres un ser odioso.

—Quizá por eso nos entendemos —murmura él.

Ella suspira hondo y se adelanta rumbo a la cueva.

—Ninguna mujer será nunca elegida —se lamenta en apenas un hilo de voz.

Takeshi avanza hacia su posición y camina a su lado. Se adentran en la espesura en silencio. Margot vislumbra el refugio y acelera el paso. Takeshi alarga el brazo y apresa su muñeca, frenándola en seco.

—Si lo que deseas es aprender a luchar, puedes elegirme a mí como tu instructor.

A pesar de la oscuridad reinante, Margot descubre una mirada sincera en el samurái.

—Te elijo.